

Relativismo e historiografía de la psicología

José Carlos Loredó

Departamento de Psicología Básica I

UNED

Desde hace algunos años, el grupo de Historia de la Psicología de la Universidad Autónoma de Madrid encabezado por Alberto Rosa ha venido realizando trabajos desde una perspectiva que intenta combinar dos dimensiones ineludibles. De un lado, la reflexión sobre el significado que tiene la labor misma del historiador. Y de otro lado, el uso de una teoría de la psicología coherente con un enfoque historiográfico general, elaborado desde unos presupuestos conceptuales explícitos a la altura de los debates más actuales. En el libro que ahora nos ocupa toma cuerpo todo ese trabajo, dando como resultado una obra provocativa, a medio camino entre el ensayo y el manual, cuyas 220 páginas son suficientemente densas como para que, a la hora de dar cuenta de ellas en un comentario, haya que elegir y tirar sólo de alguno de los múltiples hilos que forman el tejido argumental del libro. Los autores avisan de que no han querido redactar un ensayo teórico sino una guía metodológica (de ahí que muchas cuestiones de fondo queden solamente aludidas), pero asumiendo que «toda metodología tiene que ser justificada, fundamentada teóricamente» (p. 15). Por eso, a pesar de que el título presente el volumen como una «metodología», ningún lector debe esperar una mera guía de procedimientos y técnicas historiográficas. Tales procedimientos se recogen —y hasta se incluyen algunas guías-resumen de carácter didáctico—, pero poniéndolos al servicio de una vigorosa perspectiva teórica sobre la ciencia, la psicología, la historia e incluso la función educativa de esta última.

Hace un momento calificué el libro de provocativo. Seguramente los propios autores aceptarían de buena gana ese adjetivo: comienzan la introducción afirmando que «un manual de historia se parece mucho a una sesión de espiritismo», pues en ambos casos se acude a los antepasados buscando apoyo y se interpretan sus consejos (p. 11). Creo que si llevamos esta analogía hasta sus últimas consecuencias ya podemos intuir la idea de historia que se desplegará a lo largo de las restantes páginas: la historia como discurso o narración *construida* según los intereses e intenciones del historiador, quien sólo responde ante su grupo social. En las sesiones de espiritismo es el médium quien habla, y la invocación forma parte de una ceremonia de sugestión colectiva en la que él mismo participa. Trasladando esto a la historia, los autores del pasado se toman como muertos y la única voz es la del historiador, de modo que la validez de la rememoración histórica se remite a la pura actividad subjetiva del historiador-médium. «Como en el mundo de los espíritus, el pasado es un espacio *imaginario*

cuya dinámica interna, cuya naturaleza y cuyo modo de materializarse, dependen radicalmente de las reglas que guían la actuación del médium» (p. 11, cursivas más). El historiador, a su vez, trabaja dentro de una red de sugerencias recíprocas que es la sociedad: «el médium de la historia es un agente entre agentes, [...] es un agente social que tiene una función social asignada, un papel que debe interpretar» (p. 12).

A partir de esta analogía inicial tomada en serio, una lectura superficial del libro quizá podría despacharlo rápidamente aplicando la etiqueta de «relativismo sociologista» (o alguna similar) a la perspectiva teórica que lo preside. Sin embargo, se trataría de un juicio apresurado, al menos porque los autores en ningún momento defienden que «todo vale». Su perspectiva teórica es más elaborada y acude a múltiples fuentes, como la teoría de la ciencia, la filosofía de la historia, la filosofía del lenguaje, la crítica literaria, la psicología social, la antropología... En la introducción señalan que los dos «preceptos metametodológicos» generales que les inspiran –tomados del teórico de la ciencia D. Bloor– son el de *simetría* y el de *reflexividad*. La simetría exige que el tipo de criterios históricos sea igual para toda clase de acontecimientos, sin atribuir los éxitos científicos a la lógica interna de la racionalidad y los fracasos, en cambio, a factores externos. La reflexividad requiere que se aplique al discurso histórico la característica de *historicidad* con que ese mismo discurso define los contenidos historiados. Los autores hacen hincapié en que es el principio de reflexividad el que, en última instancia, constituye el hilo conductor del libro. Aplicado a la Historia de la Psicología, tal principio nos dice que las construcciones históricas –las narraciones historiográficamente elaboradas– son ellas mismas productos históricos, pues son relativas a ciertos intereses individuales, grupales y socioculturales, de modo que no escapan al carácter contextualmente determinado de todo objeto o discurso historiado.

Los tres primeros capítulos del libro están dedicados a la exposición de la perspectiva teórica general que sus autores proponen. Es en ellos donde explicitan su concepción sobre la ciencia y la historia. A la hora de definir las ciencias como ámbitos de conocimiento (prácticas epistémicas, las denominan) acuden a Foucault y las consideran *formaciones discursivas*, esto es, conjuntos de enunciados que a la vez regulan y son regulados por toda una serie de factores resultantes de la acción de los correspondientes *tecnogramas*, los cuales reflejan, en el nivel del discurso, los intereses aglutinados en torno a ciertos *sociogramas*. Podemos recordar que un tecnograma es la red de relaciones semióticas plasmadas en una composición de enunciados que procedían de diferentes discursos y que, al vincularse entre sí, definen el objeto de una ciencia. Tal vinculación está promovida por un *sociograma*, es decir, por las alianzas de grupos sociales interesados en ese objeto. Pues bien, según los autores del libro, la psicología es una formación discursiva (y en ello radica su unidad como disciplina) que se expresa en diversos discursos psicológicos, los cuales muestran su pluralidad.

¿Cuáles serían, entonces, los criterios para hacer la historia de una disciplina científica así definida? Los autores del libro se basan ahora en Danziger y su idea de la *economía política de la producción del conocimiento*, según la cual los productos científicos son como cualesquiera otros del mercado, aunque se

caractericen por ser simbólicos y su mercado sea un mercado epistémico. Según esto, son los consumidores quienes confieren valor a esos productos, y lo hacen en función de sus expectativas y deseos individuales, en una negociación con los productores sometida a unas normas sociales que son a la vez condición y resultado de esa negociación. El cometido de la Historia de la Psicología sería, pues, dar cuenta de los procesos de cambio y desarrollo temporal de la producción, distribución y consumo de discursos psicológicos propios de la formación discursiva que es la psicología. Para ello se proponen tres niveles de análisis correspondientes a sendas dimensiones generales de la organización científica: los textos producidos, la actividad de los científicos individuales y la red socioinstitucional en la que éstos se encuentran. Los tres niveles de análisis historiográfico son, pues, el análisis del discurso, el biográfico y el socioinstitucional. Constituyen, según los autores, la parte *historiográfica* de la historia. La otra parte, la historia propiamente dicha, es la narrativa, que además de los acontecimientos ordenados incluye una trama argumental ligada a una ideología, una moral y, sobre todo, la pretensión de unos efectos pragmáticos, una proyección hacia el futuro. Así, en la medida en que la narración histórica depende de una ideología y está moral y pragmáticamente orientada, se basa en *intereses* más que en *razones*, y por eso es preciso aplicarle la característica de contingencialidad o historicidad que define a los productos históricos que ella misma contiene como productos que existen en un mercado epistémico sujeto a las leyes de la negociación, al conflicto de intereses. De acuerdo con todo esto, la Historia de la Psicología es historia intelectual, porque trata con productos simbólicos, pero lo hace considerando que lo simbólico, lo que se da en los textos, está sometido a lo socio-cultural. A mi juicio, la metáfora de la economía política del conocimiento tal como aparece utilizada en el libro, olvida que, si lo específico de la historia de una ciencia es que trata con objetos simbólicos, carece de sentido cargar las tintas sobre lo genérico, es decir, sobre lo que es común a los «discursos» científicos y a cualesquiera otros (literarios, religiosos, etc.). Lo definitorio de las ciencias es que sus símbolos se coordinen de forma *verdadera* con sus referentes, de tal manera que el uso de todo un conjunto de materiales que en primera instancia no son simbólicos (aparatos, herramientas, manipulaciones...) sirve como conexión entre esas dos dimensiones y convierte en *objetiva* la construcción científica obtenida, cuyo carácter discursivo es entonces secundario.

Los capítulos intermedios del libro están dedicados a exponer la metodología historiográfica correspondiente a los tres niveles de análisis antes mencionados. Respecto al análisis del discurso (capítulo 4º), los autores defienden una perspectiva basada en la hermenéutica frente a las aproximaciones centradas en lo gramatical. Según esa perspectiva, la comprensión es siempre una *interpretación*, puesto que los textos no contienen unos significados unívocos y objetivos. Ahora bien, los autores del libro dejan claro que, aunque el historiador no debe (no puede) «desvelar el verdadero sistema de significados que un texto contiene» (porque no existe), sí puede y debe «establecer límites empíricos y conceptuales a la interpretación del texto» (p. 81). Con todo, me parece que el propio desarrollo de la perspectiva semiótica de estos autores anularía esa prevención contra el «todo vale». De hecho, el momento final del análisis de un texto es, para ellos,

su evaluación crítica, pero ésta se realiza «desde la posición teórica y moral que el analista defiende» (p. 105), con lo cual todo parece reducirse a la subjetividad del historiador.

El capítulo quinto trata sobre el análisis biográfico, y en él, además de proporcionar pautas para realizarlo, los autores se hacen cuestión de las relaciones entre la creatividad individual y la naturaleza radicalmente social de la actividad científica. A esto último dedican el siguiente capítulo («El análisis socioinstitucional en Historia de la Psicología»), partiendo de las *normas* como unidad de análisis y realizando un desglose de los subniveles en que lo social se descompone (sociopolítico, grupal, etc.). Este sexto capítulo es particularmente interesante, pues a la hora de preguntarse por los límites de lo social en historia de la ciencia, Rosa, Huertas y Blanco intentan contener el *sociologismo* apelando al «principio kairológico»: «En último término, son las demandas sociales, tal como se producen en cada momento, las que actúan como principio explicativo del cambio, pero éste sólo puede llegar a producirse si se dan las condiciones que señala el *principio kairológico*» (p. 134). Este principio, de la tradición marxista, establece que la sociedad solamente se plantea los problemas que puede resolver, de modo que el cambio científico ocurre cuando se dan las condiciones oportunas, y *sólo entonces pueden actuar las fuerzas sociales*. Ahora bien, creo que el *racionalismo* subyacente al principio kairológico, y basado en que el propio complejo científico tecnológico es transformador de la sociedad y por ello *no* es completamente relativo a las demandas de ésta, queda neutralizado cuando se defiende que un producto científico «sólo puede ser «verdadero» o «falso» dependiendo del uso que de él se haga en cada contexto, de su funcionalidad, y del modo en que se juzgue esa utilidad; juicios que, a su vez, dependen de los intereses de quien los efectúa» (p. 135). Justo a continuación de esta frase se cita a Helio Carpintero, afirmando que «la ciencia es una más de entre las diversas organizaciones de producción de nuestras sociedades». Sin embargo, debería subrayarse que la perspectiva historiográfica introducida en nuestro país por Carpintero —entre otros— bebe en las fuentes de lo que se ha llamado «sociología externa» de la ciencia, que contrariamente a la «sociología interna», al lado de la cual están Rosa y sus colaboradores, supone que la ciencia tiene una parte institucional analizable sociológicamente, pero queda a salvo otra parte, un núcleo de naturaleza cognoscitiva, acerca del cual nada pueden decir los métodos sociológicos. En suma, mientras que para esta perspectiva la organización socioinstitucional de la ciencia es algo así como un mecanismo destinado a producir verdades, para el grupo de Alberto Rosa se halla destinada a producir discursos, cuyo valor de verdad es siempre relativo a unos criterios no objetivos.

El capítulo séptimo del libro se dedica a las técnicas de documentación y al análisis de la producción y consumo de la ciencia. Se incluyen indicaciones sobre la obtención rigurosa de información y su uso, así como un excelente repaso de lo que en general podemos llamar procedimientos bibliométricos para el análisis de la productividad de los autores de textos científicos, la colaboración entre ellos, el contenido de sus trabajos (incluyendo el estudio, a través de las citas, de la estructura de alianzas en los tecnogramas) y el impacto de los mismos en la comunidad científica. Este capítulo, que no parece agruparse temática-

mente con ninguno los restantes en la estructura del volumen, recoge todas las técnicas de investigación empírica que –si se me permite expresarlo así– funcionan como muro de contención del relativismo. Leyendo el libro da la impresión de que, si se asume a fondo el relativismo, la evidencia historiográfica deja de ser tal y se convierte en una mera justificación *a posteriori* de la narración histórica; y si no se lleva el relativismo hasta sus últimas consecuencias, entonces dicha evidencia aparece como un conjunto de «hechos puros», al modo positivista.

Ya en sus primeras páginas los autores del libro dejaban claro, en una frase con reminiscencias popperianas, que «una historia es un relato que alguien ofrece sobre algo, y puede ser falsa si ignora o niega las evidencias de que dispone, pero difícilmente puede decirse que una historia sea más verdadera que otra cuando ambas utilizan evidencias semejantes y ofrecen relatos igualmente plausibles pero inscritos en tramas argumentales distintas» (p. 26). Aluden al problema de la *infradeterminación* de las teorías por parte de los hechos. Es un problema muy debatido en filosofía de la ciencia y ha funcionado como base epistemológica del sociologismo. Brevemente, la *infradeterminación* significa que para un mismo conjunto de datos empíricos son posibles varias interpretaciones teóricas igualmente válidas, de modo que cualquier elección entre estas últimas moviliza criterios epistémicos tanto como no epistémicos. Aplicando esta idea a la Historia de la Psicología, resultaría que no puede hablarse de *una* narración histórica (que sea más verdadera o supere a las demás), sino que son posibles varias y la elección de una de ellas depende, no ya de la evidencia empírica, sino de los propósitos del historiador, conforme a los cuales será estructurada esa evidencia historiográfica. Esto es lo que sostienen los autores del libro: «las construcciones historiográficas que se ofrezcan, la significación que se atribuya a los eventos del pasado, dependen también de los intereses del historiador, de la forma de definir las preguntas a las que se dirigen sus pesquisas y del arsenal metodológico de que éste disponga. Será a partir de todo ello como el historiador conforme la evidencia empírica de que disponga» (p. 44). Siguiendo con este argumento, sólo son posibles historias particulares, nunca una historia general, aunque los historiadores deban *publicar* historias generales. Ahora bien, las propias historias particulares tienen sentido únicamente por referencia a una historia general, cuyo tejido narrativo es el que constituye el tapiz del cual forman parte los hilos de las historias regionales. «Una historia regional adquiere sentido [...] en el contexto de una historia general imaginada. Al mismo tiempo, no hay ninguna historia general posible sin historias regionales, ya que estas últimas constituyen la materia prima de la primera» (p. 60). Parece que nada es válido: la historia general, por ser imaginativa (un puro *desideratum*); la historia particular, por depender de la general. Se propone la imagen del tapiz para simbolizar una historia general (p. 60, p. 188), pero la cuestión de fondo es si ese tapiz tiene algo que ver con la *verdad* o se reduce a un mero juego de figuras y perspectivas.

Veámos que en el libro se exponen (en el capítulo 7) todo un conjunto de métodos destinados a hacer acopio de evidencia para elaborar con rigor la construcción historiográfica a partir de la cual se confeccionará la narración histórica propiamente dicha. Ese rigor se entiende como respeto de unos límites empíricos y conceptuales a la hora de hacer un trabajo histórico. Es, por tanto, una pre-

vención contra el «todo vale»: las narraciones históricas deben atenerse a las reglas explícitas de la práctica historiográfica y, antes aún de eso, la recopilación y ordenación de material debe respetar las normas que la comunidad científica ha generado y ha hecho cristalizar históricamente.

En definitiva, el único criterio al que puede (y debe) atenerse la historia es el respeto por las normas, convencionales, de su género narrativo. A este tema, a la historia como narración, dedican Rosa y sus colaboradores el capítulo octavo del volumen, que cierra el despliegue de su marco teórico. No obstante, antes de pasar a comentarlo, habría que señalar lo que a mi juicio es una consecuencia irremediable de dicha perspectiva teórica: el hecho de que el *convencionalismo*, la ausencia de criterios objetivos que vayan más allá de los *intereses* y atiendan a *razones*, se filtra desde lo narrativo, hacia atrás, hasta la propia recogida empírica de información a elaborar historiográficamente. Y así, al hablar sobre las técnicas de documentación y procedimientos bibliométricos, se llega a afirmar que «la evidencia depende de una convencionalización sobre lo que es un evento histórico aceptable que realiza la comunidad de historiadores» (p. 152). En suma, el uso y la selección misma de apoyos empíricos se justifican convencionalmente.

En el capítulo titulado «Narración e Historia de la Psicología» se comienza señalando que la historia —un género literario más—, debe someterse a unos criterios de «descripción y explicación coherente, y adecuadamente argumentada, que incluya todos los elementos relevantes que tenga a su alcance» (p. 175). Sin embargo, de entre las acepciones de la palabra *historia* que los autores distinguen, ninguna depende de criterios de verdad universales. El criterio de verdad más exigente parece ser el correspondiente a las construcciones y narraciones historiográficas, y se refiere a las reglas explícitas de la práctica historiográfica, es decir, a algo establecido por la comunidad científica. En último término, la composición (narrativa) de las evidencias empíricas y conceptuales se hace al arbitrio del historiador, quien sólo debe rendir cuentas ante las convenciones de su gremio (las cuales funcionan como una herencia sociohistórica, y por eso se conciben como eventuales). Tales convenciones exigen el cumplimiento de unos determinados pasos metodológicos (documentación rigurosa, organización historiográfica y ordenamiento cronológico) y que la narración resultante, además de ser coherente con esos pasos, contenga una trama narrativa, un argumento y un juicio sobre los acontecimientos historiados. Pero la narración se concibe como un producto cultural, contingente. Forma parte de la imaginación colectiva: «la literatura histórica es alegórica [...], pues a unos eventos reales les añade una trama procedente de la literatura o el mito de una determinada sociedad» (p. 180). Y más adelante: «el papel de la narración en la teoría histórica es similar a la función de la imaginación en la producción de una verdad humana. [...] las narraciones culturales accesibles al sujeto son las que le permiten producir significados. La historia sirve para crear significados que pretenden referirse a hechos reales del pasado, pero que tienen algún valor referido al presente, y eso le da un carácter necesariamente reflexivo» (p. 181). Esto recapitula el argumento del libro: la historia es ella misma histórica, contingente, parcial, porque se escribe desde una determinada perspectiva. Aunque los autores no citan a Ortega y Gasset, nos viene a la mente el *perspectivismo* de este fi-

lósofo como propuesta de salida al prejuicio del mundo-en-sí. Sin embargo, en Ortega las perspectivas lo son de una realidad objetiva, mientras que desde el punto de vista semiótico de Rosa y sus colaboradores el mundo se agota en perspectivas y el propio estatuto de la «evidencia empírica» queda en suspenso.

Como juicio global sobre la historicidad de la historia—debida al principio de reflexividad—, me parece que la acusación implícita de idealismo metafísico a quien quiera defender una historia general objetiva, elevándose así, al parecer, más allá de la historia, esa acusación—digo— puede volverse contra quienes la formulan. A mi juicio, *lo incorrecto es identificar lo histórico con lo contingente*. El desarrollo histórico no es el reino de lo contingente, sino al contrario: va instaurando la objetividad, la *necesidad*. Estrictamente hablando, el presente, la historia narrada aquí y ahora, no es algo histórico en el sentido definido por el principio de reflexividad. Es, más bien, la recapitulación del pasado, el «cierre» del desarrollo histórico. La historia hecha en el presente *será* ella misma histórica (objeto a historiar) en el futuro, de modo que el carácter de historicidad no se le puede aplicar aquí y ahora, y quien se lo aplique estará, *él sí*, yendo más allá de la historia, porque estará adoptando una perspectiva que pretende situarse por encima del presente, cuando en realidad se trata de una perspectiva que se encuentra atrapada en el presente, puesto que pertenece a él irremediamente. Claro está que no hay «un presente» que se nos muestre inequívocamente como tal, como un hecho dado o un dato autoevidente. Lo que hay son lecturas del presente, que a la vez implican lecturas del pasado, reconstrucciones históricas. Estas son plurales y compiten unas con otras, y entre ellas no cabe ser neutral: uno no puede alejarse de ellas, porque ello equivaldría a ponerse por encima de la historia, ir más allá de ella. Por lo demás, que el conocimiento sea «construido» (como todos aceptamos hoy en día) no significa que no sea verdadero u objetivo, salvo para quien continúe preso del prejuicio del mundo-en-sí, un mundo que, entonces, nunca se vería reflejado o *representado* fielmente en la historia, y por eso la historia aparecería como el reino de lo contingente.

El dilema del historiador—dicen los autores del libro— tiene que ver con que, sabedor de que su narración es particular, ha de *relatarla* como si fuera general. Es en su trabajo docente uno de los lugares donde el historiador sufre ese dilema. Por ello, el libro concluye con un interesante capítulo dedicado al aprendizaje y la enseñanza de la Historia de la Psicología. En él se resumen los resultados de un estudio empírico a través del cual el equipo de Alberto Rosa quiso evaluar el efecto de esta asignatura—tal como ellos la imparten— sobre las ideas de los estudiantes acerca de la Psicología. Un resultado que se presenta como especialmente significativo es que los estudiantes no veían alteradas sus «estructuras narrativas» personales previas al paso por la asignatura. Pues bien, aparte de otras razones (algunas de las cuales señalan los propios autores y se refieren al carácter provisional y perfeccionable de su investigación), habría que preguntarse, desde los juicios críticos que he intentado sugerir en esta reseña, hasta qué punto ese escaso efecto de la Historia de la Psicología sobre la mentalidad de los alumnos no tiene alguna relación con la perspectiva teórica misma desde la cual se imparte la asignatura. Si, en última instancia, todo radica en *negociar* significados (y recordemos que el negocio persigue intereses particulares, no atiende a razones universales), ¿por qué el

estudiante iba a interesarse en cambiar su punto de vista? Él se encuentra instalado en una perspectiva y en ella está cómodo porque le sirve y *nadie le ha mostrado que se trate de una perspectiva equivocada*. El estudiante no sufre la tensión de nada parecido a la construcción de la verdad, porque no se le ofrecen criterios de racionalidad, sino sólo de «nar-racionalidad» (por emplear un neologismo de los propios autores), criterios cuyo último fundamento es de índole moral. Pero la ética misma, que es el motor individual de la moral, ha de ser fundamentada racionalmente. Creo que el núcleo de la perspectiva teórica que preside el libro podría resumirse diciendo que, a la vez que rechazan la imagen heredada de la ciencia como conocimiento exento de dimensiones sociales y morales, los autores evitan sacar la conclusión estrictamente relativista de que todo vale, y vienen a justificar la necesidad de un acuerdo acerca de qué es lo que puede aceptarse y lo que no, un acuerdo éste cuyo fundamento parece ser moral. Pero implícitamente lo moral está entendido como convencional y lo ético como subjetivo, íntimo..., como si perteneciera a una esfera irracional. Y es esto lo que me parece cuestionable. El hecho de que los «discursos» científicos posean una dimensión moral y pragmática (como se subraya en el libro) significa precisamente que son racionales y *efectivos*: no se cierran sobre sí mismos, sino que hablan *de algo*, y al desplegarse instauran la objetividad, que no por ser construida deja de ser verdadera. Es irrenunciable la pretensión positivista de defender una racionalidad universal y una realidad objetiva. Mostrar que la racionalidad es histórica y la realidad es construida no equivale a negar su carácter universal y objetivo. El libro de Rosa, Huertas y Blanco constituye un excelente ejercicio de superación del positivismo en Historia de la Psicología. Sin embargo, sólo seremos capaces de superar realmente el positivismo preservando el corazón de verdad que latía en él.

Reflexiones de unos psicólogos experimentales con aficiones históricas

Gabriel Ruiz,
Natividad Sánchez
Luis Gonzalo de La Casa
Departamento de Psicología Experimental
Universidad de Sevilla

Se nos invita a hacer una reseña crítica del libro *Metodología para la Historia de la Psicología* (Rosa, Huertas y Blanco, 1996) con motivo de su reciente publicación y nuestra primera consideración será la de reconocer que dicho tra-